



Palimpsesto



El rencor del poder

Gisela Andrea Rivas*

Resumen

Andrés Rivera es conocido, sobre todo, por dos vertientes narrativas –la primera concebida como ficcionalización de la historia, la segunda marcadamente autobiográfica– en donde se manifiesta una única constante que apunta esencialmente a un juego discursivo inquietante con el poder de/y la palabra.

Se puede afirmar que la prosa de Andrés Rivera conjuga cierto realismo vertiginoso de cautivante densidad humana y una escritura que trabaja el lenguaje hasta extraer la esencia en palabras, creando así un discurso dotado de una expresividad y agudeza de un valor poético intrínseco. Una manera particular de novelar a partir de una voz lírica y sentenciosa que, sin duda, lo incorpora a la nómina de los mejores escritores argentinos contemporáneos.

Palabras clave: Andrés Rivera. Realismo. Ficcionalización. Autobiografía.

Abstract

[The Anger of Power]

Andrés Rivera is especially well known by two narrative approaches, one conceived of as the fictional aspect of history and the other as a markedly autobiographic one in which there appears one constant issue that points out at a startling discursive play with the power of the word and with the word itself.

Andrés Rivera's prose can be said to conjugate certain vertiginous realism of captivating human density with a piece of writing that works on language to obtain the essential in words thus creating a discourse full of expressiveness and accuracy of an intrinsic poetic value. It is a special way of elaborating a novel as from a lyric sententious voice and this fact undoubtedly incorporates Rivera to the list of the best Argentine contemporary writers.

Key words: Andrés Rivera. Realism. Fictional aspect. Autobiography.

* Doctoranda de la Université de Poitiers (CRLA-ARCHIVOS).

El escritor argentino Andrés Rivera es conocido, sobre todo, por sus novelas que confieren un singular protagonismo a los hombres de la Historia argentina. Una línea narrativa centrada no sólo en los hechos y las figuras representativas del siglo XIX, sino también en los personajes relegados por el discurso histórico oficial. De este modo, el autor instauro un nuevo diálogo con el pasado a través de una visión poetizada de la materia histórica; una mirada irónica, provocadora, desconfiada que desde el pasado más remoto interpela nuestro presente. En este sentido, esta última afirmación bien puede ser ilustrada con la novela *La revolución es un sueño eterno*, creación distinguida con el Premio Nacional de Literatura en 1992. También es posible señalar otra vertiente significativa de su obra, conformada por los escritos de tinte autobiográfico que corresponden a la saga de su alter ego Arturo Reedson, que aparece, por ejemplo, en *Nada que perder*, *Tierra de exilio*, *El verdugo en el umbral*. Sin embargo en estas dos corrientes –la primera concebida como ficcionalización de la historia, y la segunda marcadamente autobiográfica–, en estos dos pilares en los cuales ha de fundarse la producción literaria de Marcos Ribak (su nombre de pila), se manifiesta una única constante que apunta esencialmente a un juego discursivo inquietante con el poder de/y la palabra.

En términos generales se puede afirmar que la prosa de Andrés Rivera conjuga cierto realismo vertiginoso de cautivante densidad humana y una escritura que trabaja el lenguaje hasta extraer la esencia en palabras, creando así un discurso dotado de una expresividad y agudeza de un valor poético intrínseco. Una manera particular de novelar a partir de una voz lírica y sentenciosa que, sin duda, lo incorpora a la nómina de los mejores escritores argentinos contemporáneos.

En los relatos de *Cuentos escogidos* (2000) donde aparece reeditado “Willy”, cuya primera aparición es en *Mitteleuropa* (1993), se despliega una multiplicidad de mecanismos lingüísticos y estructurales que, a nivel estético, figuran “...lo que queda del mundo –y del lenguaje– cuando se imponen la derrota o la enfermedad”¹, y que destilan las formas de la narración hasta quedar reducida a una diégesis perversa y sugestiva en la que participan las diferentes historias. Podría entonces decirse que dicha condensación y filtraje, desde un punto de vista temático, desdeña todo aquello que supone la inocencia, la ingenuidad o el desinterés que operan como motor de *uno* en relación (o separación) con el *otro* y con el mundo. En definitiva, la ficción de Andrés Rivera nos enfrenta a un espejo despiadado que, aunque nos muestra nuestro propio lado oscuro, resulta imprescindible para comprender la cara más desconcertante del ser humano.

En esta perspectiva, también encontraremos en “Willy” uno de los temas habituales del autor, la “sordidez natural”² que caracteriza a sus personajes. Esto

1 Prólogo por Guillermo Saavedra de *Cuentos escogidos*, Alfaguara, Buenos Aires, noviembre 2000.

significa que la historia evocada se construye en la conciencia del protagonista, por medio de una voz que, sin remordimiento y con ironía, nos revela bajo el peso del rencor el deseo más escondido, el secreto más implacable, por medio de frases que se contraen y se expanden en medio de una escritura lúcida y precisa.

Ciertas señales del mundo percibido, a veces un olor, una canción, una combinación de palabras, un estímulo inesperado, bastan para desencadenar una cascada de pensamientos, un desfile de imágenes de nuestra vida, imágenes ligadas de manera involuntaria que probablemente permitan conferirle un (nuevo) sentido a una vivencia. Es la eternidad del instante, es lo que hace que el recuerdo más lejano se asome a nuestro presente para proyectar el reflejo más íntimo de una experiencia e ilustrar en dos o tres representaciones nítidas la intensidad de lo vivido y supuestamente olvidado.

En esta historia, una voz conocida que pronuncia el sobrenombre del protagonista en un momento inesperado, es el desencadenante del flujo de recuerdos expresados por el monólogo interior. Si nos detenemos en el título del cuento, "Willy", cabe señalar que el diminutivo de Guillermo normalmente está cargado de un matiz amistoso, pero aquí se llena de mayor significación porque "Willy", utilizado en forma de apóstrofe, es la palabra-puente que articula el relato, señalando partes bien definidas. Es un llamado que a medida que el tiempo transcurre se vuelve súplica, ruego. A partir de la exhortación impetuosa por parte de la mujer, el recuerdo se inscribe como un elemento estructurante, puesto que hay un distanciamiento temporal del núcleo narrativo expuesto en las primeras líneas. Comienza entonces la transformación del personaje, se despierta en él un tiempo interior, lo invade el recuerdo dentro del recuerdo.

El punto de partida de este relato nos sitúa en una escena habitual, en la cotidianeidad del protagonista. Nos evoca los hábitos propios de la vida solitaria y serena del personaje que revisa minuciosamente cada acción realizada, para verificar si todo está hecho, porque "hay que ser precavido". El invierno en *El Bolsón* es riguroso y exige organización, no hay horas, son las acciones las que marcan el ritmo de la jornada. Willy está en su cabaña, con la luz y el calor del fuego, con bastante comida y un libro, un entorno austero, simple, modesto; estos datos consolidan la supremacía de la dimensión material condicionada por este contexto inhóspito, al igual que las acciones del hombre nos remiten a movimientos dictados por los sentidos, para calmar una necesidad o satisfacer un deseo. "En ese momento, sentí hambre. Me levanté, abrí la puerta de la fiambra, saqué un pedazo de queso, y me lo llevé a la mesa."

De acuerdo con la dinámica textual, el cuento se organiza en torno a una dualidad: por un lado, ligada a un mecanismo lingüístico que opone, combina o

2 Carlos Gazzera, "Andrés Rivera y lo que vendrá", *La Voz del Interior*, Córdoba, Argentina, 8 de noviembre de 2002.

asocia los elementos; por otro, manifestada por el evidente vaivén enunciativo que marca la cadencia de la historia. En efecto, el discurso se construye sobre la base de diversas oposiciones binarias (espacio abierto y cerrado, interior-exterior, frío y calor, placer y dolor, por ejemplo). Así, a través de estas dicotomías, el narrador pone en evidencia el contraste entre los dos ambientes antagónicos a los que hace referencia. De hecho, atendiendo a la estructura de la temporalidad, se pueden indicar dos niveles temporales: el tiempo de la enunciación (“Eran como las diez de la noche, y me dije, Willy, acostate...”) que contiene el tiempo evocado a través del recuerdo: “Recuerdo que tosi, y que me puse a pensar.”

Ya desde las primeras líneas, podemos destacar la calidez y seguridad de “la cabaña o casa” en contraposición con la hostilidad del exterior; el “aullido de la tormenta” es el enlace entre los dos espacios, ya que la radio también se corta en el relato. Podría decirse entonces que el ambiente interior es el elemento estático y repetitivo, el espacio cerrado que posibilita la localización e insistencia como refugio del personaje principal. Desde esta perspectiva íntima, el narrador sumerge, paulatinamente, al lector en la atmósfera protectora de la casa.

Entonces, cuando desde el exterior se escuchan ruidos (“el aullido de lo que fuese”) y la voz femenina que pronuncia su nombre, Willy!, lo inesperado irrumpe en ese mundo solitario; se confunde con el ruido de la tormenta, provocando el recelo e incluso el extrañamiento del protagonista. La aparición de Graciela quiebra la rutina cotidiana. Ella apostrofa a su interlocutor; sabe que Willy puede no atender a su pedido, poniendo así al descubierto el posible resentimiento de su antiguo compañero, desenmascarando quizás cierto sentimiento de culpa, las huellas aún visibles de su traición.

El lector sólo ve a través del narrador. Está en el interior de la casa y percibe lo que el personaje elabora en su conciencia. Evidentemente, imágenes puntuales, revisadas y retrabajadas por el tiempo muestran que este recuerdo no está exento de rencor ni de ironía y que el protagonista pretende entregar su versión de lo sucedido: “Y Graciela, que sabía que yo tenía unos miles de dólares a interés, en un banco, no paró de preguntar qué esperaba para sacarlos del banco, comprar un poco de tierra en El Bolsón...”. El personaje-narrador Willy repasa el pasado, su decisión de dejar todo en Buenos Aires y mudarse al sur para comenzar una nueva vida “en comunión con la naturaleza”. Desde esta perspectiva personal se despliega un particular periplo a través de sus recuerdos, una serie de rememoraciones que se encuentran a cada paso con el reclamo de la mujer, quien lo interrumpe y lo extrae de sus pensamientos, porque los minutos pasan y la temperatura exterior desciende.

La minuciosidad con la que se detallan los movimientos ejecutados por Willy aumentan la tensión de la situación: “Arrimé una silla a la puerta, me senté y, sin soltar la escopeta, le pregunté: ¿Estás sola?”. El protagonista, que disfruta del gusto de la venganza, y lo saborea como se degusta un guiso de lentejas en una

helada noche patagónica. Podemos hablar de la confrontación del goce de la venganza con el dolor que provoca el recuerdo, del resentimiento del hombre y la impotencia de la mujer acorralada en el exterior.

Aquí es donde interviene la violencia que se plasma en la intensidad de los contrastes, en el transcurso del tiempo y la patética desesperación de la mujer por el frío, y se expresa nuevamente con las oposiciones tajantes entre el hombre que recuerda, analiza, pregunta y la mujer en el exterior, desde el territorio adverso, en el desamparo de catorce grados bajo cero de la noche, con angustia y miedo, que ruega, implora, tiembla, gime, responde.

De la misma manera tenemos la presencia del poder, palabra latente en el contenido discursivo de la obra de Rivera, que atraviesa toda su obra e impacta por los mecanismos que implica; también tenemos su contrapeso, la derrota. En "Willy" el poder se inscribe en la situación misma: desde el poder de abrir o no la puerta para salvar del frío a la persona que decidió marcharse con otro, eligiendo el exterior, y que ahora regresa buscando desesperadamente ayuda; hasta el poder del silencio que lastima, la ausencia de respuesta a la súplica de Graciela, pasando por el poder de la ironía subyacente del discurso del narrador. "Volvé, Gracielita, le aconsejé. Lo de Juan es un enojo pasajero".

En cierto sentido, el autor elige una historia para internarse en ella, asumirla, y consumirla. Un desafío, una búsqueda desolada, una necesidad de entender la vulnerabilidad del comportamiento del hombre frente a las dificultades de la vida para así resemantizarlo.

En suma, la prosa de Andrés Rivera es un acto de resistencia a través de la palabra poética, desafiante, que se repite para permanecer y que dice lo que la mayoría calla; o por contraste, que rescata el silencio que también habla, para narrar el abandono, el deseo, el dolor. Sin lugar a dudas, internarnos en el espacio textual de "Willy" nos permitirá descubrir la moraleja en esta alegórica fábula del hombre previsor y la mujer inconsecuente del universo riveriano, que privilegia la dimensión más sombría de la condición humana.